

En este segundo número, la Revista ALLPANCHIS PHUTURINQA presenta cinco estudios cuyo tema general es: **el mundo sobrenatural andino**.

Los trabajos de Andrée Michaud, de Mariano Cáceres, de Juan Víctor Nuñez del Prado, de Juvenal Casaverde son de comunidades indígenas. Andrée Michaud se enfrenta al mundo tradicional con gran consciencia profesional; Mariano Cáceres, J. V. Nuñez del Prado, Juvenal Casaverde, muy próximos al ambiente, conocedores del quechua, están muy a sus anchas para escudriñar los conceptos religiosos del alma campesina. El P. Manuel Marzal evalúa la idea de Dios en el mundo cholo y mestizo de Urcos. José Tamayo Herrera, profesor de Filosofía de la Universidad de San Antonio Abad del Cusco pone de relieve algunos aspectos del trasfondo filosófico del alma andina.

La Revista ALLPANCHIS PHUTURINQA agradece muy cordialmente a sus colaboradores.

Los estudios que se publican, no sólo tienen un interés anecdótico, por el exotismo de los planteamientos expresados, sino que han de estimular el estudio del fenómeno religioso andino.

Los estudios van sin comentarios ni explicaciones. Algunos podrán sentirse defraudados. Sin embargo, no han de faltar oportunidades para una seria reflexión en común.

Otros pensarán que lo aquí publicado se perfila como una **antropología religiosa de rescate**, cuya importancia no es actual, dados los cambios que se están produciendo o que se producirán en un futuro inmediato. No hay duda, el don de profecía es un carisma de Dios.

En 1571, el jesuita Juan Gomez formó parte del primer equipo que hizo entrada a Huarochiri. Después de haber bautizado "más de ciento cincuenta adulctos", de haber desbaratado huacas, quemando ídolos y huesos de difuntos, escribía a su Superior General, P. Francisco de Borgia: "... ya en este repartimiento, se ban olvidando y ay indios entre ellos que no tienen noticias de las huacas y supersticiones y los que las tenían las ban dexando y ban conociendo el camino verdadero" ¡Satisfecho de sí el Padrecito e ingenuo! Seis años más tarde, en 1577, los jesuitas hacían una segunda en-

trada y encontraban más huacas, más ídolos, más malquis. Y las cosas seguían, en 1609 cuando Dávila, fué párroco de San Damián. . . Y si hoy, en 1970, se hiciera, en la región, algún estudio, podríamos dar con algunas sorpresas.

El Superior del Seminario Mayor de San Antonio Abad del Cusco preguntaba a un Seminarista quechua si el progreso iba acabar con las costumbres. El interrogado contestó que no.

Mircea Eliade tiene sus buenas razones cuando escribe: “la religión de la tierra aún sin ser la religión más antigua, como lo piensan algunos sabios, es una religión que desaparece muy difícilmente. Consolidada en las estructuras agrícolas, los milenarios le pasan encima, sin desterrarla. . .”.

A pesar de cuatro siglos y más de prédica y de represión, clandestinamente, de noche o en la soledad de las punas, los campesinos quechuas y aymaras conservan casi intactos los cultos y las creencias de sus antepasados. Y a mucho honor para ellos: es una esperanza para mañana, pues se edifica sobre lo que resiste.

Pero, ha de haber cambios.

Cambios de todo orden: económico, social, religioso. . . Ahora bien, queda entendido que el hombre andino no va a ser objeto, sino agente de los cambios que van a afectar su manera de pensar y de vivir.

Queda igualmente establecido que el agente de cambio no ha de ser ni un acomplejado, ni un alienado, sino un hombre lúcido, consciente de su propia autenticidad:

— **acomplejado** es el quechua o el aymara que no se acepta a sí mismo, que actúa en la clandestinidad. Los atropellos de ayer, los insultos: “idólatra, supersticioso, amancebado, conviviente. . .”, hacen de nuestros aborígenes hombres asustados, avergonzados de sí mismos, moralmente disminuidos;

— **alienado** es el quechua y el aymara a quien no se habla nunca, con respeto, en igualdad, de sus creencias, de sus costumbres, de su vida, al que no se le induce a reflexionar sobre sus propios planteamientos, para juzgarlos, valorarlos; al que, al contrario, se le llena la cabeza con ideas venidas de otros mundos, que no asimila y que resultan para su espíritu lo que una comida inadecuada para el estómago que la rechaza.

Un hombre acomplejado y alienado no puede ser un buen agente de cambio.

El agente de cambio que vive plenamente su propia autenticidad será más calificado para escoger su camino y para caminar con mayor velocidad.

Resulta ineludible el que los agentes de la Pastoral Andina prestemos atención a la palabra de Dios, dirigida ya a nuestros feligreses, para hacerla lograr su plenitud, en el Evangelio.

¿Cambio? -¿Qué clase cambio?

¿Desarrollo? -¿Qué clase de desarrollo?

Si se trata de **cambio, de desarrollo, tal como lo conceptuamos**, seguimos en la línea de dominación y el hombre andino queda marginado en lo que le afecta a él mismo.

El hombre andino tiene su propia idea al respecto de los cambios necesarios. Y que conste, los planteamientos del hombre andino son tan valederos como los nuestros, pues no tenemos el monopolio de la sabiduría. El día en que tomemos en cuenta las opiniones del campesino, puede resultar que tengamos que pensar cambio, desarrollo para nosotros mismos antes que para "los otros".

Causa asombro el poco interés, que, hasta ahora, han manifestado los agentes de la Pastoral Religiosa para conocer, interpretar y valorar lo **peruano** en general, lo **andino** en especial. Sin embargo han existido algunas excepciones. Fieles a una política misionera dominadora, los agentes del Evangelio han tratado demasiado de desarrollar en el Perú, las instituciones y las corrientes religiosas de otras partes del mundo. Muy poco, se ha tratado de ayudar a lo peruano a abrirse paso hacia el Evangelio. Se ha de repetir la observación del P. Ruben Vargas Ugarte". Los primeros predicadores de la fe y aún muchos de los que vinieron después, hicieron poco o ningún caso de las creencias religiosas de los indígenas y no se tomaron el trabajo de indagar lo que podía haber de cierto en ellas o podía servir como fundamento para inducirlos a la verdadera fe... No hemos hallado prueba alguna de que se hiciera así, salvo en algunos sermones de Francisco de Avila y es realmente extraño que no lo hicieran, pues el método hubiera reportado algunas ventajas. Por lo pronto, el indio no hubiera mirado la fe de Cristo como una cosa extra-

ña e impuesta, sino como algo que tenía hondas raíces en su propio ser y en el culto que antes prestaba a sus ídolos. Se hubiera evitado. . . esa mezcla o confusión que, en teoría y en la práctica, se hizo del cristianismo y de la idolatría. . .”.

Los obispos, los sacerdotes, los religiosos, los catequistas tienen el derecho de considerarse **agentes de cambio**, especialmente en lo religioso, por lo mismo tienen el deber ineludible de conocer profundamente el alma religiosa de su pueblo. De otro modo serían ciegos que pretenden guiar a otros ciegos. El Concilio Vaticano II dice: “El Obispo, en primer lugar, es necesario que sea el heraldo de la fe. Para cumplir debidamente este sublime cargo, conozca íntegramente la condición de su grey y las íntimas creencias de sus conciudadanos a cerca de Dios”. Lo que se dice para el Obispo vale para el presbítero.

“Cristo a quien se ha dado todo poder en el cielo y en la tierra, obra ya en los corazones, por la virtud del Espíritu Santo. . . El Verbo de Dios se encarnó para que. . . salvara a todos y fuera el coronamiento o recapitulación de todo. . .”.

“Los fieles estén familiarizados con las tradiciones nacionales y religiosas; descubran con gozo y respeto, las semillas de la Palabra que en ellos laten. Así todo lo bueno que se halla sembrado en el corazón de los hombres, no perece, sino que se sana, se eleva y se completa para la gloria de Dios y la felicidad de los hombres. . .”.

Por lo tanto, es el momento de entablar diálogo - lo que supone respeto, simpatía, condiciones de igualdad - con el hombre andino, para reflexionar con él sobre sus propios problemas, para ayudarlo a clarificar sus propios planteamientos, así quedará capacitado para definirse a sí mismo, en conocimiento de causa, frente al impacto de las otras maneras de pensar y de vivir, que rigen por el universo mundo.

Para terminar, puede ser útil recordar la anécdota de Chesterton. La mamá de John vino a consultarlo sobre qué clase de conocimientos se había de exigir del profesor que iba a enseñar el latín al mozalbete.

Chesterton reflexionó un rato y contestó:

—El profesor, que ha de enseñar el latín a John, debe conocer a JOHN.

La Revista.